

—¿por qué no?— le diga que eran amigos de la Ciudad Católica y que aquí seguimos, al frío, en las trincheras, sus amigos, sus hermanos, peleando las batallas de Cristo Rey, el todopoderoso, el omnipotente Señor de cielos y tierra.

Que Él nos envíe, no nuestro relevo, pues cobardía sería abandonar el combate, sino nuevas compañías que cubran los huecos. Y si no quiere darnos una próxima victoria, que seguramente por nuestros pecados no nos merecemos, nos mantenga el calor de la esperanza, la firmeza de la fe y el amor a Él hasta el día en que nos llame.

Con tan buenos ejemplos como en su bondad nos ha dado y con tan excelente y todopoderoso capitán os animo a que saquéis el mayor fruto de este XXVII congreso y continuéis poniéndolo al servicio de aquel a quien todo poder se le ha dado en el cielo y en la tierra.

HOMILIA DE LA MISA DEL 4 DE DICIEMBRE DE 1988 EN LA XXVII REUNION DE AMIGOS DE LA CIUDAD CATOLICA

POR EL

R. P. AGUSTÍN ARREDONDO, S. J.

Todo este tiempo de adviento es de esperanza optimista, por los grandes bienes que el pueblo cristiano prevé que recibirá de la primera venida de Cristo en la Navidad, que próximamente viviremos; y de la última venida al fin de los tiempos, cuando venga a realizar la liquidación definitiva de este mundo. En orden a esta última venida están dispuestos los bienes que el hombre consigue con la primera. Y en orden a la primera y la última vivió el pueblo escogido, antes de la venida del Mesías, todo el alborozo de su liberación del destierro.

Es hoy el profeta Baruc en los días de la cautividad, en el siglo VI antes de Cristo, compañero de penas a modo de secretario del gran profeta Jeremías, quien habla a Jerusalén, y en ella a todo aquel pueblo de Dios, y en ellos a nosotros los de después, exhortándonos a dejar el luto y a vestirnos de fiesta; a subir en la carroza real y a confiar en ese Dios de misericordia que ha mandado que se explanen los montes elevados y se llenen los barrancos hasta hacer llano el camino de la repatriación. Llegará la hora de nuestro rescate, el tiempo de la gracia, la etapa decisiva de la gloria.

Y llega abundantemente para nosotros la misericordia seis si-

glos después, en tiempo de Tiberio, de Pilato, de Herodes, de Anás y de Caifás, según nos ha dicho el Evangelio leído, en el que se quiebra el solemne marco histórico de San Lucas, que parece va a proseguir presentándonos un campeón real decidido a restaurar su imperio externo en aquel pueblo, e implanta en cambio las exigencias internas necesarias de nuestra parte para lograr ese reinado, verdaderamente sui generis, en el cual nos liberemos internamente de toda esclavitud.

Resulta que el allanar los senderos y elevar los valles de Baruc es recogido por el mismo evangelista, que nos enseña no ser otra cosa que la conversión para el perdón de los pecados predicada por el Precursor.

Así también después de la venida del Mesías lo da Pablo a entender, en la segunda lectura leída, a sus amados fieles de Macedonia, a los primeros europeos que visitó, por cierto, cuando merced a un macedonio que vio en sueños pidiéndole ayuda para su pueblo, abandonó su plan de internarse de nuevo en el Asia Menor, atraviesa el Bósforo (año 50 ó 51), y enciende la fe en esa Europa que por tantos siglos conservaría su cristianismo auténtico, que ansia ahora nuestro Sumo Pontífice como pauta directriz y maestra de la Europa que se está haciendo.

La última venida se encuentra frecuentemente esperada en los escritos de Pablo. «El que ha inaugurado entre vosotros una empresa buena, la llevará adelante hasta el día de Cristo Jesús»; «así llegaréis al día de Cristo limpios e irreprochables»; interna conversión constante «cargados de frutos de justicia», que es en lo que ha de consistir nuestra preparación a ambos advientos.

Tal es la disposición de ánimo que se vive estos días a lo largo y ancho de la Iglesia. Y en esa extensión sagrada del dilatado reino visible de Cristo, nos vemos nosotros, reunidos conjuntamente con todos los creyentes pero con un tipismo especial, que nos ha traído aquí estos días a vivir aquí nuestra esperanza especial, nuestro optimismo singular, nuestro adviento típico. Somos conscientes del eco paulino de que inauguramos hace tiempo esta «empresa buena»; que tratamos aquí de cargarnos de nuestros «frutos de justicia» adquiriendo y viviendo la doctrina auténtica, la verdad orientadora, la palabra enseñada por Cristo y la Iglesia a un mundo que la necesita para su salvación, y que nunca logrará encontrar en otra parte. También el mundo espera esa venida de Cristo de la que somos heraldos en nuestro adviento; que sembramos con nuestro ideal y nuestros títulos de Ciudad Católica, Speiro, Verbo; y que suplicamos día a día, y hoy en esta celebración, que no deje de ir convirtiéndose de esperanza en realidad.

También en otro aspecto va transformándose con el paso del tiempo en realidad nuestra esperanza, triste y jubilosamente a la vez. También la segunda venida de Cristo, la definitiva, ha teni-

do su cumplimiento este año en varios de nuestros amigos y compañeros queridos, que alegraron un tiempo nuestra esperanza con la suya, porque esperaban lo mismo que nosotros, y con nosotros participaban de esta misma verdad y vida. José Antonio García de Cortázar, Germán Alvarez de Sotomayor, Javier Bocanegra, Sebastián Mariner, Joaquín García de la Concha, Luis Vitoria y Manuel Gómez nos alegran hoy con el triunfo que esperamos hayan logrado; y por ellos ofrecemos este sacrificio de perdón, por si lo necesitaran, y de acción de gracias por el premio que hayan conseguido.

En fin, animados de este espíritu de adviento siga el Señor alentando nuestra ilusión, conserve nuestra unanimidad e inspire nuestro quehacer, «para procurar su gloria, el bien de las almas y nuestra propia santificación», como le pedimos en nuestras reuniones ordinarias, instaurando el reinado de Cristo en la sociedad humana, y construyendo piedra a piedra la Ciudad Católica.

EL PODER DIVINO-HUMANO

Extracto de la Homilía del Rvdo. P. MANUEL MARTÍNEZ CANO en la Misa del lunes 5 de diciembre de 1988.

El poder de la oración.

Queridos amigos y hermanos míos en los purísimos Corazones de Jesús y María: al recibir el programa de esta XXVII Reunión de amigos de la Ciudad Católica, cuyo tema central es el poder, instantáneamente pensé que si se me ofrecía la oportunidad de dirigiros la palabra, también yo os hablaría del Poder, del poder divino-humano de la oración, del poder de esa fuerza sobrenatural originaria de toda vida de perfección cristiana, de toda vida de santidad.

Y aquí me tenéis dispuesto a animaros a una vida de oración que colme los anhelos de vuestras almas. Si no lo consigo, si no consigo despertar vuestro interés para que intensifiquéis y perfeccionéis la vida de oración, que bien sé yo que practicáis, perderíamos una ocasión preciosa de asentar el primer fundamento de nuestro ideal, que es el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo. Y Dios Nuestro Señor nos pedirá a todos buena cuenta de ello.

El poder de la oración no es otro que el mismo poder divino, porque así lo quiso Dios Nuestro Señor: «Todo cuanto pidáis con fe en la oración, lo recibiréis». Efectivamente, San Juan Crisóstomo enseñaba que: «No hay hombre más poderoso en el mundo que el que reza».

«Conozco a uno —decía San Juan María Vianney— que es